

modales. En un todo son mucho más previsores que los obreros ingleses. Dice Mr. Brassey que cuando se dió principio á las obras del ferrocarril de París á Rouen, trataron de introducir los contratistas un sistema por el cual fueran pagados los operarios cada quince días; pero al poco tiempo de haber principiado este método, pidieron los franceses que el pago se les hiciera una vez al mes.

Mr. Reid, administrador director de la línea, dijo á la comisión de operarios de ferrocarriles de la Cámara de los Comunes, que un trabajador francés es una persona mucho más independiente que un inglés, y mucho más respetable. Expuso, en apoyo de su opinión, esta notable circunstancia, que, mientras un trabajador francés deseaba ser pagado solamente una vez al mes, el trabajador inglés quería ser pagado cada sábado por la noche, y al miércoles siguiente ya deseaba algo á cuenta del trabajo de la semana. *Nada puede ser una prueba mejor*, dijo el señor Reid, *de la respetabilidad de un operario que el poder seguir sin su paga durante un mes* (1).

Aunque el operario francés no tiene nada que se parezca á las facilidades para ahorrar que tiene el inglés, asegura el *Journal des Débats*, que economiza diez veces más que su rival. En Francia no hay establecidos sino unos mil bancos de ahorros y sucursales, y á pesar de eso han depositado en ellos el año pasado dos millones de personas, pertenecientes á las clases más pobres, unos veinte y ocho millones de libras esterlinas. Pero el francés de la ciudad prefiere colocar su dinero en rentas del gobierno, y el francés del campo prefiere colocarlo en tierras. Sin embargo, todos son económicos, ahorradores y frugales, porque están educados en la economía desde sus primeros años.

(1) Tomás Brassey, M. P., *Sobre Trabajo y Salarios*.

CAPÍTULO XII.

GASTAR MÁS DE LO QUE SE PUEDE.

De ningún modo contraigas deudas: toma tus medidas. Quien no puede vivir con veinte libras esterlinas al año, no lo puede con cuarenta; es un hombre dado á los placeres, una especie de cosa que en sí misma es demasiado cara. JORGE HERBERT.

¿Pero qué dirá la señora Grundy? COMEDIA ANTIGUA.

¿El sí ó el no, son, para el bien ó el mal, los gigantes de la vida. JERROLD.

Cien años de disgustos no pagarán un centavo de deuda. (Del francés).

Las apariencias están muy bien para personas que puedan adquirirlas por dinero efectivo: pero estar obligado á contraer deudas por ellas, es lo suficiente para despedazar el corazón de un ángel. JERROLD.

La prodigalidad es el pecado que predomina en la sociedad moderna. No está confinada en las clases ricas y los capitalistas, sino que se extiende á las clases media y trabajadora.

Jamás ha existido antes un deseo tan ardiente de hacerse rico ó de parecerlo. Las personas ya no se satisfacen con las ganancias de un trabajo honrado, sino que tienen que aspirar á enriquecerse con prontitud, por medio de la especulación, del juego, de las apuestas, de las estafas ó trampeando.

El despilfarro general se ve en todas partes, y especial-

mente es característico en la vida de las capitales. Lo veis en las calles, en los parques, en las iglesias. La prodigalidad en el vestir es tan sólo uno de sus signos. Hay prodigalidad general en la ostentación social. Las personas viven sobre un pie superior á sus recursos; y los resultados se ven en las quiebras comerciales, en la lista de bancarrotas y en los tribunales, donde tan á menudo son convictos los hombres de negocios de fraude y de falta de honradez.

Hay que guardar las apariencias. Los hombres han de parecer que son ricos. Los hipócritas pueden engañar á aquellos que están dispuestos á ser convencidos. Las personas tienen que vivir ahora de cierta manera, habitar hermosas casas, dar buenas comidas, beber buenos vinos y tener lujosos carruajes. Quizá no pueden realizar esto sino gastando más de lo que tienen, ó por falta de honradez. Todos admiraban la generosidad de Redpath y Robson; pero ahora hay cientos, si no miles de Redpath y de Robson.

Hay otra clase de personas, que no cometen fraudes, pero es que son pródigas, aunque estén quizá próximas á llegar á ser fraudulentas. Viven gastando sus recursos, y á veces más allá de lo que tienen, pero consideran necesario asegurarse el respeto de otros. Al obrar así, sacrifican generalmente el propio respeto y la consideración de sí mismos. Consideran como la única prueba de respetabilidad y rango, sus vestidos, sus alojamientos, su manera de vivir y su obervancia de la moda. Mantienen un exterior distinguido ante la mirada de la sociedad, aunque sea quizá completamente hipócrita y falso.

Pero no deben *aparecer* como pobres. Deben ocultar su pobreza á todo trance. Gastan su dinero antes de haberlo ganado. "deben al almacenero, al panadero, á la modista y al carnicero. Tienen que recibir debidamente á sus amigos de buen tono, á costa de los mercaderes. Y con todo eso, cuando les sobrevienen las desgracias, y cuando sus deudas se han hecho agobiadoras, ¿qué es de los amigos? ¡Huyen de allí! Evitan al individuo que está endeudado hasta las orejas!"

Sin embargo, la pobreza está más que medio desarmada por

aquellos que tienen el valor moral de decir: *No puedo soportar esos gastos*. Los amigos de los tiempos bonancibles de nada sirven, exceptuándose como indicación de lo profundo de la ostentación á que pueden descender los seres humanos. ¿Qué es una relación de visita? No es cosa capaz de elevar á uno en la vida social, ni aun en la comercial. El éxito estriba principalmente en el carácter y la estimación general en que es tenida una persona. Y si se quiere efectuar el intento de arrancar el premio del éxito antes que sea ganado, puede ser que ceda de pronto el apoyo medio conseguido, y el aspirante caerá, sin ser compadecido, en el boquiabierto dragón de la deuda.

La señora Grundy de la comedia, no es más que la personificación del convencionalismo de la sociedad. La costumbre, el hábito, la moda, lo que se usa y se necesita, todo está representado en ella. Puede ser que sea una persona muy vulgar y común de todas partes, pero de todos modos es prodigioso su poder. La copiamos é imitamos en todas las cosas. Estamos pegados con alfiler á la pretina de su pollera. Obedecemos sus órdenes. Somos indolentes y complacientes, y tememos provocar en ella una palabra de reconvencción. El ¿qué dirá la señora Grundy? sojuzga muchos impulsos nobles, é impide que se ejecuten muchos actos de abnegación propia.

Parece que existiera una conspiración general, aunque inconsciente, contra la individualidad y virilidad de cada uno. Desanimamos la confianza propia y exigimos la conformidad. Cada uno tiene que ver según los ojos de otro y pensar con el cerebro ajeno. Somos idólatras de las costumbres y observancias, mirando para atrás, y no hacia adelante ó hacia arriba. Asegurados hacia abajo y retenidos por la ignorancia y la debilidad, tenemos miedo de encontrarnos solos, ó de pensar y obrar por nosotros mismos. Todo lo examina el convencionalismo. Tememos dar un paso fuera en el aire libre del pensamiento y de la acción libre. Rehusamos sostenernos sobre nuestros propios instintos y vindicar nuestra libertad de espíritu. Nos contentamos con llevar la fruta de otro, y no la nuestra.

En los asuntos particulares es igualmente pernicioso el mismo espíritu. Vivimos conforme lo manda la sociedad, cada uno según el modelo de nuestra clase. Tenemos una reverencia supersticiosa por la costumbre. Nos vestimos, y comemos, y vivimos, de conformidad con la ley de la señora Grundy. Mientras hacemos esto somos *respetables*, según las nociones de clases. Así es cómo se precipitan muchos con los ojos abiertos sobre la miseria, sin tener más excusa que el necio temor á la sociedad. Temen lo que otros podrán decir de ellos; y en nueve casos sobre diez, aquellos que podrían levantar su voz para protestar, no son los discretos ó de grandes alcances, sino más á menudo los necios, los vanos y los que tienen cortos alcances.

Ha dicho sir Guillermo Temple, que "la raíz de toda inmoralidad es una inquietud del espíritu de los hombres para ser algo que no son y para tener algo que no tienen." La afirmación es estrictamente cierta. Ha sido comprobada por la experiencia universal.

Guardar las apariencias es uno de los mayores males sociales del siglo. Existe un esfuerzo general, más particularmente entre las clases medias y superiores, para aparentar ser algo que no son. Guardan las apariencias, viven una vida de fingimiento, y se esfuerzan por aparecer más de lo que son en realidad.

La *respetabilidad* es uno de los fines principales. Considerada la respetabilidad en su verdadero sentido, es una cosa deseable. Ser respetado con fundamento, es un propósito que todo hombre y toda mujer están justificados en querer conseguir. Pero la respetabilidad moderna consiste en las apariencias externas. Significa usar ropas finas, vivir en hermosas casas y vivir con fausto. No mira más que á lo de afuera, al ruido, la apariencia, la exterioridad. Escucha el ruido del oro en el bolsillo. El valer moral ó la bondad no forman parte de la respetabilidad moderna. Un hombre puede ser en estos días perfectamente *respetable*, y ser, sin embargo, completamente *despreciable*.

Este hábito falso y desmoralizador, nace de la estima presuntuosa que se forma de dos cosas, bastante buenas cuando están en su lugar, el rango y la fortuna. Todos luchan por elevarse hasta una clase superior. El espíritu de casta se encuentra obrando tan sutilmente entre las filas de los más humildes lo mismo que entre las de los más encumbrados. Había en Birmingham un club de operarios con faldones en sus vestidos y otro sin faldones: el uno tenía en menos al otro. Cóbett, tan feliz en sus apodos, llamó á su contrario político, Mr. Sádler, *mercader de lienzos*. Pero el lencero tiene también una gran cantidad de personas que están debajo de él. El lencero tiene en menos al revendedor al por menor, el revendedor al por menor, al mecánico, y el mecánico al jornalero. El sirviente con librea que exhibe sus pantorrillas detrás de un barón, lleva su cabeza mucho más erguida que el sirviente con librea que sirve á un cervecero.

No importa la clase en que principiáis, por baja que esté en la escala social, encontraréis que todo hombre tiene alguien que se halla más bajo que él. Entre las filas de las clases medias, es muy marcada esta especie de exclusivismo. Cada círculo consideraría como una degradación tener relaciones con los miembros de un círculo que está más bajo que él. En las ciudades pequeñas y en las aldeas, encontraréis distintos corrillos que se conservan alejados unos de otros, despreciándose quizá mutuamente y muy á menudo dirigiéndose palabras groseras. Las ciudades en que hay catedral, generalmente tienen, por lo menos, seis de esas clases distintas, que tienen puesto una más bajo que la otra.

Y mientras que cada cual tiene su propio círculo exclusivo, en que está prohibido penetrar á cualquiera que pertenezca á otro círculo tenido por inferior, están al mismo tiempo haciendo esfuerzos para pasar por sobre la línea de límite social que ha sido tirada por aquellos que están más arriba que ellos. Están ansiosos de saltarla y obtener de ese modo admisión en un círculo aun más exclusivo que el suyo.

Hay también una contienda desesperada por los asientos de

primera fila, y son muchos los indignos subterfugios que se emplean para conseguirlos. ¡Tenemos que poseer el homenaje de la sociedad! Y para este fin tenemos que ser ricos, ó por lo menos *aparecer* que lo somos. De aquí las luchas por las modas y los usos, los esfuerzos que se hacen para tener las apariencias de la riqueza, el aparecer, el relumbrar y la ostentación de la vida de la clase media y de la superior, y de aquí, también, el abigarrado séquito de gustos desvirtuados y viciados de corazones apocados é inteligencias decaídas, de atolondramiento, frivolidad y locura.

Una de las prácticas más desmoralizadoras de la cultura moderna es el sistema de las *grandes reuniones*. Las personas llenan sus casas con muchedumbres respetables, siguiendo así á la ridícula costumbre. Rousseau, á pesar de todas las aberraciones de su espíritu, dijo: "Perfiero tener mi casa demasiado chica para un día, que demasiado grande para todo el año." La moda invierte por completo la máxima, y el daño doméstico suele principiar á menudo con una habitación grande y un arreglo adecuado. La desgracia está en que jamás buscamos en nuestro nivel un modelo, sino siempre más arriba de él.

Pero la fructífera causa de la inmoralidad no se encuentra, sin embargo, tanto en el mero hecho de guardar las apariencias, como en los medios que se usan para hacerlo. Un individuo que ha asumido el estado de una clase, corre todos los peligros para conservarlo. Se considera que es un descenso en la sociedad, cercenar una superfluidad. El hombre aparentemente rico, que arrastra coche y bebe *champagne*, no quiere tolerar un descenso á un birlocho y á simple cerveza, y el hombre respetable, que tiene birlocho consideraría una degradación tener que andar á pie ó en ómnibus, entre su casa quinta y su oficina de la ciudad. Prefieren descender á la inmoralidad antes que descender del rango aparente; más bien se someterán á lo que no es honrado que ceder el aplauso fingido y el respeto vano de esa gran tonta: *la sociedad*.

Cualquiera puede recordar centenares de casos de hombres — *nombres respetables* — que, de un despilfarro han continuado

en otro, malgastando de mala fe una riqueza que no era suya, para poder sostener una reputación social y darse aires ante sus semejantes que los admiraban, concluyendo todo en un súbito descalabro, una espantosa caída, una completa bancarrota para ruina de miles de personas quizá. ¡Han concluido con pagar un dividendo de seis peniques por libra! Á la verdad, no es mucho decir, que cinco sextas partes del fraude y de las estafas que deshonoran las transacciones comerciales han tenido su origen en la moralidad enfermiza de *guardar las apariencias*.

Para ser *respetable*, en el sentido errado de la palabra, ¿qué no se sacrifica? La tranquilidad, la honradez, la verdad, la virtud: todo para guardar las apariencias. ¡Tenemos que trampear y trabajar mucho y bajamente, que engañar y defraudar, para que *la sociedad* no vea detrás de nuestra máscara! ¡Tenemos que atormentarnos y esclavizarnos, porque tenemos que lograr por fuerza el aplauso de *la sociedad*, ó por lo menos conseguir la buena opinión de *la sociedad*!

¡Cuán frecuentemente se puede trazar el suicidio á este falso sentimiento! Hombres vanos entregan mejor su vida que sus ideas sobre la respetabilidad de su clase. Prefieren cortar el hilo de la vida antes que cortar la vida á la moda. Muy pocos suicidios se cometen por una necesidad verdadera. "Jamás oímos, dice Jöel Barlow, que un hombre cometa suicidio por falta de un pedazo de pan, pero sí á menudo por faltarle un coche."

De este espíritu vil y miserable de clase y casta, son las mujeres sus víctimas particulares. Están criadas generalmente con erradas nociones de la vida, y se les enseña á estimar los hombres y las cosas más bien por sus apariencias externas que por su valor intrínseco. Su educación se lleva á cabo principalmente con la mira de agradar y atraer la admiración de los demás, en vez de mejorar y desarrollar sus cualidades del espíritu y del corazón. Se les inculcan ideas de exclusivismo, moda y gentileza. Una posición respetable en la sociedad se les presenta como el punto adonde deben dirigirse. Ser criminal ó

vicioso se les hace ver realmente como cosas menos horribles que ser *vulgar*. Encastillada en el fuerte del exclusivismo, se tiene cautiva á la mujer para todos los cambios mezquinos y expedientes de lo convencional, la moda, el lucir, etc. La genuina benevolencia de su naturaleza se pervierte, su corazón se estrecha, y los mismos orígenes más elevados de la felicidad, aquellos que consisten en una bondadosa simpatía con la humanidad en todos los puestos de la vida, se les ciega como manantial y se les agota como fuente.

¿No es verdad que, en lo que se llama una *sociedad distinguida*, es considerado un exterior correcto casi como si fuera una virtud? ¿que el ser rico, ó tener las apariencias de la riqueza, es estimado como un mérito de un orden elevado, mientras que el ser pobre, ó parecerlo, es semejante á una falta imperdonable? Aun más, llega á tanto la falta de sentimiento, ese espíritu de clase, que si una joven, que perteneciendo á una clase superior, se ve á causa de infortunios ó reveses de familia entregada á sus propios medios, y que se esfuerza en ganar su pan honradamente por medio de sus honestas manos, pierde inmediatamente la casta y es expulsada virtualmente de la sociedad *respectable*. La resolución de ser independiente, la resolución más vigorizadora que puede tomar posesión del espíritu humano, es batida en esos círculos como cosa degradante, y las que han sido criadas en la influencia de la gente de tono se someterán á las privaciones más crueles, antes que someterse á la pérdida de la *respectabilidad* de su clase y de su casta.

Educada así, no es sorprendente que la mujer haya sido la consocia del hombre para mantener alto la prodigalidad de la época. Entre las mujeres inglesas no ha habido nunca una furia parecida por los vestidos y los adornos á la que existe ahora. Rivaliza con la época corrompida y estragada de Luis XV de Francia. Existe un delirio por la moda. Las mujeres son estimadas por lo que usan y no por lo que son. La prodigalidad en el vestir, y casi la indecencia del traje, ha ocupado el puesto de la sencilla belleza femenina. Wordsworth describió

una vez la *mujer perfecta noblemente delineada*. ¿Dónde encontraréis ahora á la mujer perfecta? No ha de ser en la criatura con colorines y recargada de ropaje, retazos y parches, con bello postizo, cejas postizas, todo, en fin, postizo. "Algunos de los jornaleros de la naturaleza los han hecho bien, imitando á la humanidad abominablemente."

El mal no se detiene en las clases pudientes. Desciende á aquellas que no tienen más que su sueldo para vivir. Desciende á las mujeres de los empleados subalternos y dependientes. También ellas se visten para tener respetabilidad. Gastan más de lo que sus medios les permiten. Tienen que vivir en casas ó quintas bonitas y *dar reuniones*. Tienen que ver lo que pasa en los teatros. Cada centavo se gasta según se va ganando, y á veces más. El esposo no asegura su vida, y la mujer contrae deudas. Si el hombre muriese mañana, dejaría en la miseria á su mujer y á sus hijos. El dinero que debiera haber ahorrado durante su vida de trabajo, es gastado en la *respectabilidad*; y si deja algunas cuantas libras esterlinas tras de sí, son gastadas generalmente en hacer un entierro respetable al esposo pródigo.

"¿Ha sido pagado ese vestido? preguntó un esposo. — No. ¡Entonces te estás permitiendo vestirme á costa de otro hombre!" Ninguna mujer está justificada si contrae deudas por un traje sin el conocimiento y consentimiento de su esposo. Si lo hace, se viste á costa del tendero. Ésta es una de las cosas que atormentan á un hombre que se esfuerza por conservar su cabeza fuera del agua; y á veces es suficiente para hacer que su corazón se vuelva contra su mujer y contra sus despilfarros. De este modo es como se gastan locamente las entradas, y la existencia se convierte en una escena de amargura y descontento. Esto es lo que ocurre cuando el marido y la mujer son igualmente pródigos y despilfarrados.

Contrayendo deudas, ó permitiendo que vuestra mujer las contraiga, concedéis facultad á otra persona sobre vuestra libertad. No podéis atreveros á mirar á la cara á vuestro acreedor. Un golpe recio dado con vuestro llamador de la puerta de

la calle os causa miedo: será quizá el cartero que esté entregando una carta del abogado en la que se os pida que paguéis lo que debéis. No podéis pagarlo y dais una humillante disculpa. Inventáis algún pretexto por no poder pagar. Al fin sois conducidos á mentir evidentemente. Porque *la mentira anda montada sobre el lomo de la deuda.*

¡Qué locura la de endeudarse por superfluidades! Compramos artículos finos, más finos de lo que podemos costear. Se nos ofrecen seis meses de pago, ¡doce meses de crédito! Es la tentación del mercader, y caemos en ella. Tenemos demasiado poco ánimo para vivir con lo que ganamos, y tenemos que vivir con las ganancias ajenas. Los romanos consideraban á sus sirvientes como sus enemigos. Uno casi podía considerar desde el mismo punto de vista á los mercaderes modernos. Fiando, insistiendo con nuestras mujeres para que les compren ricos vestidos, les ponen ante sus ojos las mayores tentaciones. Las engañan y persuaden á contraer deudas á esposas de hombres que están dispuestos á ser honrados, y después envían cuentas llenas de mentiras. Cargan precios más altos, y sus clientes los pagan; á veces les pagan doble, porque es imposible poder observar una confrontación regular sobre cuentas debidas durante mucho tiempo.

El consejo del profesor Newman es digno de ser seguido. "Deseo de todo corazón, dice, que las cuentas de tiendas fueran declaradas por la ley incobrables después de cierto tiempo. El efecto sería que nadie podría comprar á crédito en un almacén, exceptuándose donde fuese bien conocido, y por sumas pequeñas. Todos los precios bajarían al precio del contado. El deshonesto sistema de los deudores de alto tono, que siempre pagan muy tarde, si es que pagan, y arrojan sus fallas sobre otros clientes en la forma de precios mayores, sería destruído en el acto. Los mercaderes se librarían de muchas aflicciones que destruyen la felicidad de miles de personas (1)."

(1) Conferencias sobre economía política, pág. 255.

Hay un conocimiento profundo de la naturaleza humana en la plegaria: "Libranos de tentación." Ningún hombre ni mujer ha resistido jamás á la tentación desde el momento que ha llegado á ser tentación. En las obras exteriores de los hábitos es donde debe estar la defensa. La mujer que duda en contraer una deuda en la que no debe incurrir, está en pérdida. El dependiente que mira con cariño el oro de su patrón, se lo apropia más tarde ó más temprano. Lo hace así cuando ya ha pasado por el sentimiento habitual que hace imposible cualquier aproximación á él. De ese modo constituyen una grandísima parte de la conducta moral de un hombre los hábitos que se insinúan en los miles de actos frívolos de la vida.

Contraer deudas es una gran causa de dolo. Poco importa lo que constituya la deuda, que sea por apuestas no liquidadas, por pérdidas de juego, ó por cuentas no pagadas de la modista y del tendero. Hombres que han sido bien criados, bien educados y puestos en camino de hacer dinero honradamente, están frecuentemente obligados á huir de él á causa de la prodigalidad, por guardar las apariencias, por hacer apuestas, por especulaciones y juego, y por la sociedad de los disolutos de ambos sexos.

El autor de este libro ha tenido mucho conocimiento práctico de la manera como muchos jóvenes han sido desviados del sendero de obrar bien y encaminados hacia el del vicio y del crimen. En una ocasión fué falsificada su firma por un dependiente, para poderse procurar una suma de dinero para pagar deudas contraídas por él en una casa pública. El criminal había sido un joven de buena educación, de aptitudes más que medianas, bien emparentado y casado con una respetable señorita. Pero fueron olvidados todos sus parientes y amigos, la mujer, el hijo y todo, en su amor por la bebida y el juego. Fué condenado y sentenciado á varios años de prisión.

En otro caso, el delincuente era hijo de un sacerdote no conformista. Hurtó varios documentos valiosos que convirtió en dinero. Huyó y fué buscado. Había hecho creer que se iba á Australia, vía Southampton. Fueron registrados los vapores peninsulares y orientales, pero no se descubrió á persona

alguna que correspondiera á su filiación. Pasó algún tiempo, cuando fué devuelto al Banco de Dublín uno de los billetes del Banco de Inglaterra que él se había llevado. Un policía secreto fué puesto en su busca, le encontró en la más baja compañía, fué enviado á Londres, juzgado y sentenciado á doce meses de prisión.

En otro caso, ocupaba el criminal una posición elevada en una compañía de ferrocarriles, tan elevada que de allí fué ascendido á gerente del Real Ferrocarril Sueco. Era una de esas personas hartó numerosas que están ocupadas en mantener las apariencias, sin consideración á la honradez, la moralidad ó la virtud. Se endeudó mucho, como lo hacen esos individuos, y entonces se convirtió en bribón. Se hizo socio de ladrones de profesión. Sustrajo una llave de la oficina que estaba á su cargo, y se la dió á un ladrón bien conocido. Era ésta la llave de la caja de hierro en que se conducía por ferrocarril el oro y la plata de Londres á París. Se sacó en cera un molde de la llave, y se hizo una de hierro. Por medio de esta llave se llevó á cabo *el gran robo de oro*. Después de algún tiempo fueron aprehendidos los ladrones, y aprehendida también la persona que había robado la llave, la que mantenía las apariencias, entonces gerente del Real Ferrocarril Sueco, fué convicto y sentenciado por el barón Martin, á destierro perpetuo.

El reverendo Juan Davis, difunto capellán de Newgate, publicó lo siguiente entre otras relaciones de la causa del crimen entre los jóvenes sentenciados, que habían llegado á su conocimiento:

“Conocí á un joven, hijo de un oficial de marina, que había servido á su país con distinción, pero cuya prematura muerte hizo que su viuda recibiera con gratitud un empleo en uno de los departamentos del gobierno para su hijo, delicado de salud. Su sueldo lo entregaba fielmente á su madre, y para él era un placer y una satisfacción alegrar el corazón de ella con la idea de que la estaba ayudando. Tenía ella otros hijos, dos niñas de corta edad. Su escasa pensión y su sueldo hacían felices á todos. Pero sobre este joven cayó un amor por los trajes. No

tenía suficiente fuerza de voluntad para ver cuánto más bello en realidad es un espíritu puro, que un exterior lujosamente vestido. Encontraba placer en ayudar á su madre y hermanas, pero no hallaba mayor placer en pensar que para hacerles esta amabilidad tenía que satisfacerse por algún tiempo con vestirse algo peor que sus compañeros de oficina; sus ropas podían aparecer un poquito usadas, pero eran como la mancha sobre el traje del soldado que provenía del cumplimiento del deber; no había señales de descuido indebido, la necesidad las había efectuado, y mientras manifestaban la necesidad, marcaban también el sendero del honor, y sin semejantes manchas hubiera sido descuidado el deber. Pero este joven no tenía estas grandes ideas. Se sentía abochornado de su levita raída aunque limpia. Le mortificaba la ropa fina que brillaba como nueva, de los otros empleados... Quería presentarse más lujosamente. En un malhadado momento mandó que le hiciera un traje completo un sastre de moda. Su empleo y relación le procuraron un corto crédito. Pero los negociantes tienen que ser pagados, y fué importunado una y otra vez para que satisficiera su cuenta. Para librarse de su acreedor robó una carta que contenía un billete de diez libras esterlinas. Su sastre fué pagado, pero la parte perjudicada conocía el número de su billete. Se le siguió la pista hasta el sastre, por él al ladrón, con los medios y oportunidades para robarlo, y á los pocos días fué desterrado. Su hermoso traje fué cambiado por el traje del presidario. ¡Más le hubiera valido con mucho haber llevado su traje, con las señales de un trabajo honrado sobre él. Él ha sido otro ejemplo de la intensa locura del amor á los trajes, que existe tanto en los jóvenes atolondrados como entre las jóvenes locuelas.

Cuando sir Carlos Napier dejó la India, publicó una orden del día al ejército, en que reprendía á los oficiales por contraer deudas sin tener la certeza de poderlas pagar. El comandante en jefe vió que estaba sujeto á constantes quejas contra oficiales por faltar éstos al pago de deudas, y en algunos casos vió que la ruina de negociantes meritorios y laboriosos había

sido á consecuencia de esa causa. Reprendía severamente este creciente vicio, por ser contrario al carácter de un caballero y una cosa degradante, porque autorizaba á aquellos que la practicaban á "agruparse con los infames, con los tramposos, y cuya sociedad sirve de contaminación." Les recomendaba enérgicamente que se aferrasen al cumplimiento de sus deberes, que reprobasen el despilfarro y el gasto de toda clase, y que practicasen una severa economía, porque "beber champaña que no se ha pagado y cerveza que no se ha pagado, y andar en caballos que no se han pagado, es ser un tramposo y no un caballero."

La prodigalidad de estos jóvenes *caballeros* en la India no es en muchos conceptos más que la copia de la prodigalidad de nuestros jóvenes *caballeros* de Inglaterra. Las revelaciones de las prodigalidades en Oxford y en Cambridge señalan la escuela en que han aprendido sus costumbres. Muchos padres dignos han sido arruinados por los hijos á quienes habían enviado allí para que se convirtiesen en hombres doctos, pero que sólo han aprendido á ser *caballeros* en la acepción popular de la palabra. Ser *caballero* en nuestros días, es ser un tahir, carrerista de caballos, jugador, bailarín, cazador, un taimado bribón, ó todo eso á la vez. El *caballero* vive disipadamente, gasta disipadamente, bebe disipadamente, muere disipadamente. El antiguo estilo de caballero ha degenerado en un hombre *elegante* y disipado. La palabra *caballero* ha llegado á ser deshonrosa, y cuando se emplea ahora, significa más á menudo derrochador ocioso, que hombre lleno de perfecciones, virtuoso y trabajador.

Los jóvenes están perdiendo completamente la vergüenza por estar envueltos en deudas, y la inmoralidad se extiende por toda la sociedad. Los gustos se están haciendo más extravagantes y lujosos, sin que los medios aumenten para poderlos satisfacer. Pero son satisfechos, sin embargo, y se contraen deudas, que pesan después como una muela de molino atada al pescuezo del que las contrae. Los hábitos de prodigalidad, una vez formados y alimentados, son muy difíciles de poderse

abandonar. La existente inconsideración de contraer deudas sin tener la seguridad, y á menudo sin tener la intención de satisfacerlas, mina la moral pública, y esparce la desventura por todas las clases medias y superiores de la sociedad. Ha descendido el nivel moral, y ha de pasar mucho tiempo antes de que pueda ascender de nuevo.

Aquellos que pueden, debieran en el interior, poner mala cara á todo gasto donde no haya suficientes medios que lo justifiquen. El plan más seguro es no dejar subir una cuenta y no contraer una deuda; y si uno se ha endeudado ya, salir de ello tan luego como sea posible. Un hombre endeudado no es dueño de sí mismo, está á discreción del negociante que le ocupa. Es blanco de los abogados, la comidilla de los acreedores, el escándalo de sus vecinos; es un esclavo en su propia casa; su carácter moral se degrada y se mancha, y hasta su servicio y su familia le miran con lástima próxima á desprecio.

Montaigne ha dicho: "Siempre siento placer en pagar mis deudas, porque descargo mis espaldas de una pesada carga y una imagen de la esclavitud." Bien pudo llamar Johnson á la economía la madre de la libertad. Ningún hombre que está endeudado puede ser libre. El efecto inevitable de la deuda no es únicamente perjudicar la independencia personal, sino que á la larga, inflige la degradación moral. Los hombres de principios honrosos deben sentir repugnancia en pedir prestado dinero de personas á quienes no se lo pueden volver á pagar, — disgustados con beber vino, usar ropa, y mantener las apariencias, con el dinero ajeno. El conde de Dorset, como muchos otros nobles jóvenes, se envolvió en deudas, y pidió dinero en hipoteca sobre sus propiedades. Fué curado de su prodigalidad por la impertinencia de un regidor de la ciudad, el cual rondaba su antecámara con el propósito de importunarle por su deuda. Desde ese día resolvió el conde "economizar, para librarse por siempre de ser deudor," y fué fiel á su palabra.

Que todo hombre tenga la fortaleza de mirar á la cara á sus

negocios, que lleve una cuenta de sus partidas de entradas y salidas, no importa lo larga ó negra que sea la lista. Debe saber cómo está día por día, para poder ver de frente y francamente la sociedad. Que informe también á su esposa, si es casado, cómo se halla con el mundo. Si su esposa es una mujer prudente, le ayudará á economizar sus gastos, y le pondrá en estado de vivir honrosa y honestamente. Ninguna mujer buena consentirá jamás en llevar vestidos y dar comidas que no pertenecen á ella, sino á sus mercaderes.

El conocimiento de la aritmética es absolutamente necesario á aquellos que quieran vivir sin salirse de sus recursos. Las mujeres son en particular ignorantes de la aritmética; apenas si se las enseña los elementos más sencillos, porque las maestras consideran inútil este ramo del saber. Prefieren enseñar idiomas, música, modales y uso ó costumbres sociales. Todo esto podrá ser muy importante, pero las primeras cuatro reglas de aritmética son mejores que todo. ¿Cómo pueden cotejar sus gastos con sus ingresos, sin saber sumar ni restar? ¿Cómo pueden saber con precisión lo que deben gastar en alquiler, ó vestidos, ó alimentos, ó por servicio, á no ser que sepan el valor de los números? ¿Cómo podrán comprobar las cuentas de sus mercaderes ó de sus sirvientes? Esta falta de conocimiento de la aritmética es la causa, no solamente de gran desperdicio, sino de gran miseria. Muchas familias de buena posición han descendido á las privaciones por efecto de su ignorancia de este ramo del saber.

Los jóvenes se suelen precipitar en el casamiento sin reflexionar. Un joven encuentra una cara bonita en un baile, gusta de ella, baila con ella, *flirtea* con ella, y se va á su casa á soñar con ella. Al fin se enamora, la festeja, se casa, y entonces se lleva á su casa á la cara bonita, y principia á saber algo más sobre ello. Todo ha sido hasta entonces *muy precioso*. Fué encantadora la cara, llena de gracia, de sencillez y de belleza. Ahora tiene que entrar en otra esfera de la vida. Tiene que ser vista de mucho más cerca; tiene que ser vista diariamente, y tiene que principiar á cuidar de la casa.

La mayor parte de las personas que se casan necesitan algún tiempo para establecerse juntos tranquilamente. Hasta aquellas cuya vida de casados ha sido de las más felices, llegan á la tranquilidad y al reposo á través de un período de pequeñas luchas y decaimientos. El marido no suele encontrar de pronto su lugar, ni la mujer el suyo. Una de las mujeres más felices que conocemos nos ha dicho que el primer año de su vida de matrimonio fué el más incómodo de todos. Tenía tanto que aprender, tenía tanto miedo de andar errada, y aun no había encontrado su posición conveniente. Pero buscando su camino, no encontrarán difícil las naturalezas amantes y bondadosas, establecerse al fin los dos cómoda y tranquilamente.

No sucedió así con el supuesto joven y su *cara bonita*. Ambos entraron en la nueva existencia sin reflexionar, ó quizá con expectativas exageradas de no contrariada felicidad. No podían conceder la disminución de rigor de amados que pasan á la categoría de marido y mujer, ni estaban preparados para las pequeñas quimeras y conmociones del genio individual, y ambos se sintieron desengañados. Hubo una relajación de las pequeñas atenciones que son tan nuevas y encantadoras para los amantes. Entonces encontró alivio en las lágrimas la cara bonita, cuando fué desatendida. Nada existe que cause más pronto al hombre, especialmente cuando las lágrimas son á causa de bagatelas. Las lágrimas no causan simpatía en esos casos, sino más bien originan repulsión. Ocasionalmente la acritud, tanto de una parte como de la otra. Las lágrimas son armas peligrosas para jugar con ellas. Si en lugar de ellas probaran las mujeres la bondad y la alegría, ¡cuán infinitamente más felices serían! Muchas son las vidas que llegan á ser tristes y miserables por hallar cierto goce en enfados y excesivos cuidados, hasta que el carácter queda estampado indeleblemente, y el goce razonable de la vida llega á ser casi una imposibilidad moral.

Ciertamente que son dotes admirables las cualidades mentales en la vida doméstica. Pero aunque sorprendan y encan-

ten, no despertarán amor y afecto en nada que se parezca en igual extensión como lo consigue un corazón afectuoso y feliz. No duran ni la mitad, y no agradan ni la mitad. Y sin embargo, ¡cuán poco trabajo se toman en cultivar la bella cualidad del buen genio y una índole feliz! ¡Y cuán á menudo es amargada una vida que de otro modo podía haber sido feliz, por estimular los hábitos enfadosos y enojadizos, tan completamente destructivos de todo aquello que puede ser el bienestar social y doméstico! ¡Cuántas veces no hemos visto hombres y mujeres sentarse en rueda como si tuvieran espinas, de modo que nadie se atreviera á aproximarse á ellos por temor de salir arañado! Por no dominar á veces un poco de mal genio, se ocasiona en la sociedad una cantidad de malestar que es realmente espantosa. Así se trueca el goce en amargura, y la vida se hace parecida á una jornada hecha á pies descalzos, entre abrojos, espinas y zarzas.

En el caso que hemos citado, muy luego quedó olvidada la *cara bonita*. Pero como el joven no había tratado sino meramente por la *cara* — porque fué á eso á lo que pagó sus atenciones, — lo que había prometido amar, honrar y proteger, — cuando cesó de ser bonita, principió á notar que había cometido un error. Y si el hogar no se hace agradable, si el hombre recién casado encuentra que no es más que una casa de huéspedes como cualquiera otra, se ausentará de ella gradualmente. Permanecerá fuera por las noches, y se consolará con cigarros, naipes, política, el teatro y el club ó las bebidas, y la pobrecilla *cara bonita* tendrá cada día más desconsuelo, desesperación y desdicha.

Quizá tengan hijos; pero ni el esposo ni la mujer saben mucho con respecto á la manera de criarlos ó conservarlos sanos. Son considerados como juguetes cuando criaturas, muñecos cuando niños y galopines cuando jóvenes. Apenas si hay una hora tranquila, feliz é íntima en la existencia de semejante pareja desdichada. Donde no hay bienestar en el hogar, sólo existe una sucesión de pequeñās miserias que hay que soportar. Donde no hay contento, ninguna disposición para

complacer, para agradar, para simpatizar mutuamente, desaparece gradualmente el afecto por ambas partes.

Se dice que *cuando la pobreza entra por la puerta, huye el amor por la ventana*. Pero no es únicamente de la casa del hombre pobre de donde huye el amor. Huye casi con la misma frecuencia de las casas de los ricos, donde haya una carencia de corazones amantes y placenteros. Este pequeño hogar pudo muy bien haber sido bastante cómodo, sin tener ninguna traza de necesidades, las piezas bien amuebladas, prevaleciendo el aseo, la mesa bien provista, el fuego ardiendo brillantemente, y sin embargo, carecer de alegría. Faltaban allí los rostros felices, radiantes de contento y de buen humor. El bienestar físico, después de todo, no forma más que una parte pequeña de la dicha de un hogar feliz. Como en todos los demás asuntos de la vida, es el estado moral lo que determina la dicha ó el infortunio de la condición humana. La mayor parte de los jóvenes piensan muy poco en las consecuencias que siguen al casamiento. Poco piensan en la gravedad del paso que van á dar. Olvidan que cuando se ha contraído la obligación, no hay retirada. El nudo no puede ser desatado. Si se ha cometido un error irreflexivo, han de seguir irremediablemente las consecuencias. Es común la máxima de que *el matrimonio es una lotería*. Podrá ser así si abjuramos la enseñanza de la prudencia, si rehusamos examinar, averiguar y pensar, si estamos satisfechos con escoger un esposo ó una esposa con menos reflexión que la que empleamos para tomar un sirviente á quien podemos despedir cualquier día, si únicamente miramos los atractivos de un rostro, de las formas ó del bolsillo, y cedemos al impulso del momento ó á la insaciable avaricia, entonces, en esos casos, se parece á una lotería el matrimonio, en que podréis *sacar* el premio, aunque hay cien probabilidades contra una de que sólo sacaréis un número en blanco.

Pero negamos que el matrimonio tenga necesariamente parecido con la lotería. Cuando las niñas son enseñadas á amar discretamente, y á saber qué cualidades han de estimar en un

compañero para su vida, en vez de dejarlas que recojan sus informes sobre el asunto de las personificaciones ficticias y generalmente falsas que les dan las novelas, y cuando los jóvenes se acostumbren á pensar sobre las virtudes, gracias y aptitudes sólidas necesarias á un esposo con quien han de pasar sus días, y de cuya índole y buen sentido ha de depender toda la felicidad de su hogar, se verá entonces que hay muy poco de *lotería* en el matrimonio, y que cual un asunto de comercio ó de la vida, cosechará las casi seguras consecuencias en un porvenir feliz y próspero el hombre ó la mujer que juzga y obra con prudencia, con apropiada previsión y criterio. Es verdad que podían cometerse errores, y que los habrá como en todas las cosas humanas; pero en nada igual al enorme error de aquellos que juegan su dicha en la suerte de una lotería.

Otro punto grave es poder decir *No* en las ocasiones propias. Cuando los halagos os inciten al mal, ú os asalte la tentación, decid *No* en el acto, resuelta y determinadamente. *No, no puedo hacerlo.* Muchos no tienen el valor moral de adoptar este curso. Sólo tienen presente su egoísta satisfacción propia. Son incapaces de practicar el desprendimiento. Condescienden, ceden, y *se divierten*. El final es á menudo el desfalco, el fraude y la ruina. ¿Cuál es el parecer de la sociedad en semejantes casos? "El hombre ha gastado más de lo que sus medios se lo permitían." De aquellos que han sido obsequiados por él, no habrá uno que se lo agradezca, ni uno le compadecerá, ni uno solo le ayudará.

Todos conocen al hombre que no podía decir que *No*. Era el amigo de todo el mundo menos de sí mismo. Su peor enemigo era él mismo. Gastó rápidamente sus recursos, y entonces acudió á sus amigos por letras y fianzas y *con promesas de pagar*. Después de haber gästado su última guinea, murió en olor de inofensiva estupidez y locura.

Su conducta en la vida parecía ser dirigida por la máxima de hacer para cualquiera lo que cualquiera le pidiese. Que fuese á causa de que su corazón latía correspondiendo á todo

otro corazón, ó que no quería causar desagrado, no se ha podido averiguar; pero lo que hay de cierto, es que rara vez fué solicitado para firmar un pedido, prometer un voto, prestar dinero, ó girar una letra, que no accediese á ello. No podía decir que *No*, y había muchos que le conocían bien, que decían que no tenía ese valor moral.

Su padre le había dejado una bonita fortuna, y en el acto fué asediado por personas que querían tener su participación en ella. Había llegado el momento de decir que *No*, si hubiese podido, pero no pudo. Su hábito de ceder se había formado; no le agradaba ser molestado, no podía negarse, no podía soportar la importunidad, y casi invariablemente cedía á los pedidos que se hacían á su bolsillo. Mientras duraba su dinero, no tenían fin sus amigos. Era un árbitro universal, el flador de todo el mundo. "Firmadme este pedacito de papel, era el pedido que frecuentemente se le hacía por los amigos íntimos. "¿Qué es? preguntaba con dulzura; ; porque, con toda su ingenuidad, se jactaba de ser precavido! Sin embargo, jamás rehusaba. Tres meses después, había una letra protestada por una fuerte suma, y ¿á quién le había de tocar pagarla sino al amigo de todo el mundo, el hombre que no podía decir que *No*?

Finalmente, un preparador de cerveza, por quien había prestado fianza, persona con quien no tenía más relación que el saludo, paró de pronto en su negocio, arruinado por serias especulaciones en fondos y acciones; y el individuo que no podía decir que *No* fué llamado para pagar los crecidos derechos que se debían á la Corona. Fué un golpe rudo, y lo redujo á la indigencia. Pero nunca llegó á ser prudente. Era un poste contra el cual venía á restregarse todo individuo necesitado; espita de la que cualquier alma sedienta podía beber; pedazo de tocino, al cual pegaba un mordisco todo perro hambriento; un burro, sobre el cual daba un trote todo bribón necesitado; molino, que molía el trigo de todos menos el suyo, en una palabra, *un individuo bonachón*, que por nada de esta vida podía decir que *No*.

Es de gran importancia para la tranquilidad y para el bienes-

tar de un hombre el que pueda decir *No* en el momento conveniente. Muchos han sido arruinados porque no pueden ó no quieren decirlo. El vicio penetra á veces en nosotros, porque no podemos reunir suficiente valor para decir que *No*. Demasiado frecuentemente nos ofrecemos como sacrificios voluntarios á la moda de la sociedad, porque no tenemos la honradez de pronunciar esa palabra. El duelista no se atreve á decir que *No*, porque quedaría en mal concepto. La beldad duda en decirlo, cuando un necio rico le ofrece su mano, porque se ha resuelto en su ambición á *establecerse bien*. El cortesano no la quiere decir, porque tiene que sonreír y prometer á todos.

Cuando el placer tienta con sus seducciones, tened el valor de decir que *No* en el acto. El pequeño monitor que tenéis interiormente ha de aprobaros la resolución; y la virtud será fortalecida por ese acto. Cuando convida la disipación, y ofrece sus placeres secretos, decid *No* enérgicamente. Si no lo hacéis, si consentís y sucumbís, huirá de vos la virtud, y vuestra confianza propia habrá recibido un golpe fatal. La primera vez costará quizá algún esfuerzo, pero la fortaleza crecerá con el hábito. El único medio de hacer frente á las tentaciones de la ociosidad, de los goces propios, de la locura, de las malas costumbres, es salirles al encuentro con un *No* lleno de indignación. Hay una verdad, una gran virtud, en un *No* cuando es pronunciado en el momento oportuno.

Un hombre puede vivir gastando más de sus recursos hasta que nada le quede. Puede morir endeudado, y sin embargo, no lo suelta la *sociedad* hasta que está depositado en la tumba. Debe ser enterrado como la *sociedad* es enterrada. Tiene que tener un entierro *elegante y distinguido*. Hasta el fin tiene que dar testimonio del poder de la *señora Grundy*. Por complacerla se alquilan las mantas, los crespones de los sombreros, coches fúnebres, féretros dorados y procesiones de mudos. Y sin embargo, ¡cuán indigna y despilfarrada es la mojiganga de la aflicción del empresario de coches fúnebres y entierros y el fingido dolor de los empleados por los empresarios, que están pagados para la ostentación del día!

No es en las clases ricas superiores donde se sienten tanto los males de esta mojiganga inútil y costosa, como entre las clases medias y trabajadoras. Se hace un entierro costoso para ser *respetable*. Personas de la clase media, que están luchando por asientos de primera fila en la sociedad, hacen un esfuerzo para elevarse á la región de los mudos y portapenachos, é igual á sus *mejores* son víctimas de los empresarios de pompas fúnebres. Éstos establecen la moda para los demás; *tenemos que hacer lo que otros hacen*; y la mayor parte de las personas se someten á pagar el impuesto. Vistense ellos, los amigos y los sirvientes, de luto, y de ese modo se compra un entierro respetable.

El gasto cae pesadamente sobre la familia, en el momento en que menos puede soportarlo. El que ganaba el pan ha sido llevado, y todo se le da al empresario de pompas fúnebres. ¿Cómo se siente una infeliz viuda, en medio de su dolor, ó cómo están los huérfanos, privados de la mano protectora de un padre, para regatear con un mercader para que dé más baratas las ropas de luto, los guantés negros, los llorones y demás miserables *adornos del dolor*? En un momento semejante, es cuando en miles de casos es de consecuencia para los supervivientes cada libra esterlina y cada chelín, que se arroja sin observación de la pequeña suma de dinero que pueden reunir, sobre un acto de paganismo vulgar y despilfarrador. Este dinero gastado de esa manera tonta para pagar unas vanas honras al muerto, ¿no estaría mucho mejor empleado si se usara para el bienestar y sostenimiento de los vivos?

El mismo mal se propaga hacia abajo en la sociedad. Las clases trabajadoras sufren al igual de las clases medias, en proporción á sus recursos. El término medio del costo del entierro de un mercader en Inglaterra es de unas cincuenta libras esterlinas; el de un mecánico ó trabajador, varía entre cinco y diez libras esterlinas. En Escocia son mucho menores los gastos de un entierro. El deseo de conseguir un entierro respetable para los parientes que mueren, es un sentimiento fuerte y muy común entre la población trabajadora; y le

honra. Para este fin contribuirán y no lo harán para otra cosa. Las sociedades más grandes de los operarios son los clubs para entierros. Generalmente se conceden diez libras esterlinas para el entierro de un marido, y cinco para el de una esposa. Tanto como quince, veinte, treinta y hasta cuarenta libras esterlinas, se suelen gastar en el entierro de un mecánico, en los casos en que el difunto haya pertenecido á varios clubs, en cuyos casos, arregla entre éstos el empresario de pompas fúnebres la parte que á cada uno corresponde en el entierro. No es extraño asegurar la vida de un niño un cuatro ó cinco de estos clubs para entierros; y hemos oído de un caso en que un hombre había asegurado cuotas en diez y nueve diferentes clubs de entierros, en Mánchester!

Cuando el operario en cuya familia ha ocurrido una defunción no es individuo de un club para entierros, es gobernado, sin embargo, por su ejemplo, y tiene que imponerse contribución seria para cumplir con los usos de la sociedad, y hacer á su mujer y á su hijo un entierro respetable. Cuando es el padre mismo quien ha muerto, el caso es mucho más duro aún. Quizá se gastan todos los ahorros hechos durante la vida para proveer de luto á su mujer y sus hijos cuando acontece su muerte. Semejante gasto, en semejante momento, es ruinoso y completamente injustificado.

¿El hecho de ponerse vestidos de cierto color constituye la verdadera aflicción? ¿No son el corazón y las afecciones los que hacen el duelo más bien que el traje que se lleva exteriormente? Bingham, hablando de los primeros cristianos, dice que “no condenaban la idea de ponerse ropa de luto por los muertos, ni tampoco la aprobaban, sino que lo dejaban al albedrío de cada individuo, como cosa indiferente, aprobando más bien á aquellos que los omitían por completo, ó en breve lo dejaban á un lado, como que obraban más de conformidad con el valor y la filosofía de un cristiano.”

Juan Wesley dispuso en su testamento que se les diera á seis hombres pobres la suma de veinte chelines á cada uno por llevar su cadáver al sepulcro. “Porque deseo muy particular-

mente, dijo, que no haya ni carruajes, ni coche fúnebre, ni escudo, ni pompa alguna, excepto las lágrimas de aquellos que me amaban, y que me acompañan al seno de Abrahán. Conjuro solemnemente á mis albaceas, en nombre de Dios, que observen escrupulosamente esto.”

Ha de ser muy difícil cambiar las costumbres del duelo en nuestros días. Podemos desear vivamente que así se haga, pero se ofrecerá la pregunta acostumbrada: *¿Qué dirán las gentes? ¿Qué dirá la sociedad?* Involuntariamente retrocedemos, y nos acobardamos al igual de nuestros semejantes. Con todo, el sentido común expresado repetidamente, tendrá su influencia y en el transcurso del tiempo, no podrá dejar de modificar las modas de la sociedad. El último acto de la reina Adelaida, por el cual disponía que se le dispensara de la moji-ganga alquilada del dolor del empresario fúnebre, y el deseo igualmente característico de sir Roberto Peel en su lecho de muerte, de que ninguna ceremonia, ni pompa, tuvieran lugar en sus exequias, no han de dejar de tener su debido efecto sobre la sociedad á la moda; y por medio de ella, las clases medias, que están tan dispuestas á imitarla en todas las cosas, aprovecharán con su ejemplo en el curso del tiempo. Creemos que hay también creciente disposición y tendencia por parte del pueblo en general para evitar la ostentación vana á que nos referimos, y sólo requiere la expresión repetida y resuelta de la opinión pública, para conseguir en gran parte una benéfica reforma en este sentido.

Ya se han establecido sociedades en los Estados Unidos, cuyos miembros se comprometen á no usar luto, y procurar á que otros no lo usen. Quizá sea el único modo práctico, el de la asociación y el poder del número, para que esta reforma se efectúe; porque de los individuos aislados difícilmente se podría esperar que pudieran adelantar contra las preocupaciones profundamente arraigadas de la sociedad en general.